

que lo habia visto y oido de su boca. Cuando el duque esto entendió fué muy maravillado, y las lágrimas le vi-

El duque, con muchos caballeros, salió á recibir esta triste venida, y suntuosamente los mandó sepultar. Tres meses estuvo Luzmán en Ferrara, que nunca el duque le dejó partir, tanto holgaba con su conversacion; y al fin le hubo de dar licencia; y por su consejo se hizo un sepulcro muy maravilloso: y las letras del Luzman las compuso. Era desta manera todo: era labrado de muy hermoso alabastro, con muy doradas antiguallas; encima dél estaban, que se podian bien ver, naturalmente obrados, los dos amantes; á la cabecera de Erediano habia un escudo; á la una parte dél estaba él retratado, y á la otra parte el dios de Amor tenia el arco y flechas quebradas en la mano, como que la queria echar con rostro airado, y en medio unas letras que así decian:

¿Qué dices, dios de Amor?—Vengo enojado. Y qué es la causa, di?—Tu mala suerte. Pues, ¿qué es de tu poder?—Ya no soy fuerte. Y, ¿quién fué la ocasion?—Tu triste hado. ¿Qué hallas en mi ser?—Fin desdichado. Y, ¿quién le derribó?—La cruda muerte. —Amor! venme á valer.—No hay ya valerte.

Tus armas, dónde son?—Las he quebrado. ¿Qué le quito en morir?—Las glorias mías. Pues, ¿qué puedo hacer?—Tener paciencia. ¿De dónde me venrá?—De tu desseo. Mi Porcia, ¿vivirá?—No muchos dias. ¿Quién se los quitará?—Tu larga ausencia. ¿Y no hay remedio, Amor?—Yo no lo veo.

A la banda de Porcia estaba otro escudo; á un lado dél, ella al natural retratada, de la manera que estaba en el bosque; y á la otra parte del escudo, asimismo retratado Erediano, y en medio figurada la muerte, que el arco y flecha tenia contra Erediano, y el rostro vuelto á Porcia, y á sus piés de la muerte unas bien obradas letras que así decian:

Aparta de delante, muerte fea, No me encubras la flor de mi verano; Mas déjame gozar de Erediano, Pues no puedo vivir sin que le vea. —Hermosísima Porcia, nadie crea Que se puede soltar de aquesta mano, Y así tu corazon y el suyo ufano Muy presto vestirá de mi librea. —Oh dulce juventud, corta ventura! Pues llévame con él, no quede en tierra Tan sola, sin placer, dura y fragosa. —Primero le darás la sepultura. En un pequeño llano de esta sierra, Y luego morirás, dama hermosa.

A los piés deste hermoso sepulcro estaba otro escudo, y en él escritas unas letras de oro muy bien hechas, las cuales decian desta manera:

Aquí están sepultados dos amantes, Erediano y Porcia ilustre y clara, Sobrina del buen duque de Ferrara. Casados por amor, firmes, constantes. Este hecho no culpen ignorantes: Pues saben que el Amor, cuando dispara, En cosas de gran ser pone la cara, Derribando las fuerzas importantes. Vivieron en un monte extraño y hero. Con vida trabajosa algunos años: A los tres murió él y á los diez ella. Que cualquier amador, si es verdadero. No teme diferencias, muertes, daños: Ejemplo este varon y esta doncella.

LIBRO SEGUNDO.

EN EL CUAL SE CUENTAN LAS EXTRAÑAS COSAS QUE LUZMÁN VIDO ANDANDO EN SU PEREGRINACION.

Partido Luzmán de Ferrara, tomó el derecho camino de Lombardia, y así vido las mejores tierras della, siempre pensando en el extraño fin de Porcia, y cuánta ventaja en ley de amar llevaba á su señora Arbolea, aunque en hermosura no se la daba. Pues así anduvo tanto, que llegó á la ciudad de Milán, donde él llevaba el intento, por haberla oido tanto celebrar; y así, llegando á ella, se fué esa noche á la casa de una bonrada dueña, la cual le recogió amorosamente; y estando así, vino un hijo que ella tenia del palacio del duque, paje suyo, y como viese á Luzmán, llegóse á él, y comenzóle á preguntar de dónde era, y él le respondió diciendo como era de España, y que venia con deseo de ver las cosas del mundo. El mancheco, que de ver á Luzmán quedó muy contento, y en su manera se le representó ser hombre de valor, le dijo: «pues vuestra intencion es de ver grandes cosas, yo quiero, si á vos os place, llevaros conmigo esta noche al palacio del duque Galeazo, con quien yo estoy, porque hoy se ha casado, y esta noche se hacen muchas fiestas, y así las podreis ver, que yo creo os contentarán tanto cuanto podreis ver ó haber visto. Luzmán se lo agradeció mucho, y le dijo que era muy contento; y así cenaron, y después de cenar se fueron juntos. Estaba aderezada una rica sala, toda cubierta de paños de fino carmesi, broslados todos de oro, con las armas del duque, las cuales eran unos del-

finos sobre ondas de plata, y al derredor habia letras que todas igualmente decian así:

Crecieron y crecerán Sin fin en el fin que tienen Los que en mi mar se sostienen.

Destá sala entraron en otra, cuya riqueza era de gran estima; y allí Fabio (que así habia nombre el paje) le puso en un lugar de donde pudiese muy bien ver todo lo que allí se habia de hacer. Pues mirando Luzmán al duque, que de poca edad era, vestido ricamente, muy acompañado de caballeros, y á la duquesa, que de gran hermosura era dotada, acompañada de muchas dueñas y doncellas, vió que de una nube, que artificiosamente estaba hecha en lo alto de la sala, abriéndose por medio, bajaba una doncella, artificiosamente vestida toda de tela de plata, con unas alas de maravillosas plumas, y traia en las manos un hermoso instrumento á manera de lira, la cual dulcemente tañendo, y cantando, comenzó á decir así:

Levántese la voz que está escondida En los montes mas altos de Parnaso. Y vaya desde allí por mar y tierra; Las niñas traigan luego el claro vaso Con el agua que está de amor cogida. Sintiendo cuantos son ardiente guerra: Y en la encumbrada sierra, Adonde yo triunfando Sustento con mis alas navegando. Aquella gran potencia que se encierra En el linaje y bando

Acabadas estas palabras, luego comenzó á templar su lira Irponio, y templado que la hubo, comenzó dulcemente á decir la siguiente cancion.

Alégrense las aves y animales, Y los peces del mar y sus riberas; Los prados y flores que engan flores, Y esténdase mi voz por los mortales, La cual pueda amansar sus ansias fieras, Nacidas y engendradas por amores; Y de nuevas colores El gran arco del cielo Se vista para dar mayor consuelo; Y todo cuanto pido Suceda con valor de amor cumplido, Perdiendo toda suerte de recelo. Pues yo solo alcancé con mansedumbre Lo mas que tiene amor allá en su cumbre.

Acabado Irponio de decir esta cancion, luego Boliano, que atento habia estado al gran contento de Irponio, comenzó á tañer y cantar lo que se sigue:

De gran escuridad se vuelva el dia A los tristes gemidos de mi canto, Y las aves se escondan en sus nidos, Oyendo el gran dolor de su armonia, Haciendo cuantos son terrible llanto. Quedando con me ver de amor herido. Los árboles vestidos Se vean despojados De hoja, fruto y flor, y los collados Se hundan al abismo, Sintiendo mis cuidados Causados por mi mismo, Y así con gran dolor todas las gentes En solo mi pesar pongan las mientes.

IRPONIO.

Yo solo cantaré viviendo ufano, Alegre, firme y fuerte en toda hora De ti, mi Bellana, fuente y río, Hermosa primavera del verano, De quien amor vencido se enamora Envidioso de ver tanto bien mío. Yo soy el que confío En no poder mudarse El bien que tengo agora, ni apartarse, Pues no tiene fortuna Poder para enojarse, Ni otra cosa ninguna Se puede levantar contra mi hado, Haciéndome quedar desconsolado.

BOLIANO.

La muerte llamaré; y entre las peñas Haré mi habitacion do pueda el eco, Responderme á lo menos cuando hable; A los aires haré mortales señas Y en el valle mas bajo, oscuro y seco Daré fin á mi vida miserable, No hallo suerte estable. Quel tiempo no le mude; Y en esto que yo digo nadie dude Si pende de esperanza, Pues hice lo que pude. Muy firme sin mudanza, Y el pago que saqué, fué morir luego Quedando sin sentido preso y ciego.

Acabada esta última cancion por el triste Boliano, luego salió de un artificio, que cubierto estaba al fin de la gran sala, un carro triunfal, que seis ciervos muy hermosos sobre sí traian: era hecho de artificiosos arcos cubiertos de oro y seda, y en medio dél venia una rica silla y en ella sentado el Amor, y al derredor del carro muchos hombres, vestidos de costosos trajes, tañendo diferentes instrumentos; y luego que el carro llegó junto adonde los pastores estaban, el Amor salió dél con un dorado arco en las manos y una flecha, así como lo pintan los antiguos; y parando la suave música comenzó á decir con semblante grave, mirando á todas partes, las palabras que se siguen:

La majestad y grandeza De mi nombre se levante Con sus glorias; Muera toda fortaleza, Y solo la fama cante Mis victorias. Reconozcan los mortales Mi valor firme y perfecto; Pues yo soy Quien doma los animales, Y en el lugar mas secreto Allí estoy. Yo venzo sin ser vencido, Porque mi forzosa guerra Siempre crece:

Es mi nombre el dios Cupido, Y así la mar y la tierra Me obedece. Soy señor universal, Rey de todos los estados Y naciones; Es mi poder inmortal, Y en desiertos y poblados Doy pasiones; Yo hago temer al fuerte Y levanto al lemeroso Sin temor, Ofreciéndome á la muerte Con animo generoso Por amor.

Como acabó el Amor de decir estas palabras, volvióselo al pastor Irponio, y díjole lo que se sigue:

Irponio, vente conmigo, Qué quiero llevarle á ver Mis flores;

Y á Boliano tu amigo, Hacer que tome placer Con tus fiestas.

De aquesta casa antigua, cuya fama El tiempo con razon su ser derrama. La justicia quebró su antigua espada Cuando pensativa y lastimera; No siento la razon por que lo ha hecho: En fin, toda cizaña esquivá muera. Reinando ya la paz, que desterrada Estaba con dolor muy sin provecho; El mundo está deshecho Reinando la cruz, y Y todo por estados y grandeza; Mas, ¿quién podrá traer el mundo al peso De la naturaleza, Que falta fuerza y seso? Así que, todo va perdido y muerto, Habiendo en todas cosas desconcierto.

Pues yo quiero volar lleramente Por los montes mas altos de Tesalia, Volviendo por las partes de Ruxia, Habiendo dicho antes por Italia El triunfo singular que aquí presente Las ninfas han juntado en este dia. Después la lengua mia Podrá muy sin recelo Encumbrar tu grandeza allá en el cielo. Mas que pienso decir, que en tan gran cosa Conviene mayor vuelo Y gracia poderosa; Mas quiero levantarme, que ya tarde; Y pues la fama soy, ¿á quién aguardo?

Luego que acabó de decir estos versos, se tornó á levantar hasta donde la nube estaba, y se entró dentro; y luego salieron de dos aposentos, que el uno frontero del otro estaba, dos pastores, ambos de poca edad. Traian en las manos sendas liras; y el uno, que antes que el otro salió, venia cantando á un son, que á tristeza convidaba, unos versos, quejándose del Amor en ellos, los cuales así decian:

Quien fin de su amigo Le mueve la razon sin ser forzado; Mas quien de su enemigo Está muy confiado, No se queje después si fué engañado. El lince viendo alcanza A traspasar un monte y una sierra: Tal fué la semejanza De do nació mi guerra, Pues yo vi por mi mal tu cuerpo en tierra. El basilisco mala Con ojos de ponzoña á cuantos mira: De tal suerte me trata La Vista de tu ira, Por do mi corazon de amor sospira.

Como este pastor con triste sonido acabase de decir estos versos, calló, poniéndose á mirar á la duquesa y á todas las otras dueñas y doncellas; y á este tiempo el otro pastor, con alegre armonia, comenzó á tañer y á decir desta manera:

Yo solo de la fortuna Jamás no fui perseguido; Porque Amor A los falsos importuna, Y aquellos pone en olvido Y da dolor. Yo por las verdes montañas Goto las yerbas y flores Y sus frutos;

Porque ha visto mis entrañas, Amor que no da favores A los brutos. Y pues solo merecí Lo que nadie mereció De derecho; Viva la firmeza en mí, Pues ésta nunca murió En mi pecho.

Acabado de decir estos versos, paróse; y luego el primer pastor, llamado Boliano, comenzó á decir á este segundo, que Irponio habia nombre, desta manera:

BOLIANO. Irponio, ¿qué te parece De mi gran desventura Y mal fiero? ¿Quién de mí no se adolece, Conociendo mi tristura Y cómo muero? Mejor me fuera no amar; Mas yo digo en lo que toco Falsamente. Porque mas vale penar; Que el que está sin pena es loco, Y no prudente.

Amase, si no era en mí Defenderme, Porque el amor me forzó, Y entonces mas merecí Con perderme? Que tan escelente llaga Era victoria sufrilla Y lenella. Porque el amor da tal paga Mostrando por maravilla Vida en ella, Así que si tú llevaste El bien que yo pretendia Merecer; No por eso me quitaste Con llevarme el alegría Mi querer. Que yo bien podré morir Y entregarme de mi gana A los enojos. Mas no que pueda partir El valor de Bellana Ante mis ojos.

IRPONIO. De tu rabiosa passion Puedes creer, Boliano, Que me pesa. Mas tú fuera de razon Escogiste con tu mano Tal empresa. Que no debieras de amar En el lugar que escogiste Sin recelo; Porque es doblado el pesar Y da fin amargo y triste Por consuelo.

Pues que te llamas contento, No es menester consolarte; Mas cantemos Cada cual con su instrumento, Porque con mas gracia y arte Placer demos.

BOLIANO. ¿Cómo me dices que no

Porque le porné delante
Una tan prima pintura,
Que de veña

Se transforme el firme amante,
Dando fin á su tristura,
Todo en ella.

Como el Amor dijese estas palabras al contento pastor Ipronio, él humillándose ante él, le respondió desta manera :

¡Oh dulce contemplacion,
Regalo del pensamiento
Enamorado!
¡Oh rey de mi corazon
Por quien dió fin mi tormento
Y el cuidado!

Yo me pongo en tu poder,
Porque conozco que gano,
Y es así:
Y pues lo puedes hacer,
Haz contento á Boliano
Como á mí.

A este tiempo se volvió el Amor al triste pastor Boliano, que echado estaba sobre su cayado, y tomándole por la falda de su pellico, que muy blanco era, le comenzó á tirar contra sí, como si de sueño le recordara, y le comenzó á decir así :

Firme y constante amador,
Yo daré vida á tu llaga
Dolorida;
Que por eso soy Amor,
Y así gozarás por paga
Nueva vida.

Anda ya, quita el recelo,
Con Ipronio juntamente
A gozar
Del amoroso consuelo,
Que mi morad á escelente
Suele dar.

Como quien de sueño recordaba, volvió en sí Boliano; y humillándose al Amor con triste voz le respondió desta manera :

Si mi constante servir
Algo pudo merecer,
No lo sé;
Sé que estoy para morir,
Sin partirse del querer
Mi gran fe.

Llévame donde quisieres,
Que nada me da temores.
Tal estoy,
Que bien sé que nunca mueres,
Y aunque mas sufra dolores,
Tuyo soy.

Acabando de decir esto Boliano, el Amor tomó consigo á Ipronio y á él, y los metió en su rico carro, haciéndolos asentar á sus piés, y él se sentó en su rica silla; y al son de muchos instrumentos y suaves voces se tornó á volver por donde habia venido. Y á este tiempo entraron por la gran sala muchas máscaras costosamente vestidas, así de hombres como de mujeres, las cuales danzaron, haciendo hermosas mudanzas, y dijeron avisados motes al duque y á la duquesa, y á las otras dueñas y doncellas que allí estaban; y con gran ruido de música se dió fin á esta fiesta, porque el duque se levantó, y tomando por la mano á la duquesa se metió en su aposento. Fabio se vino para Luzmán, y le dijo: «¿qué os ha parecido, mi buen amigo, de las cosas que esta noche aquí se han hecho?—Por cierto, respondió Luzmán, que yo he recibido gran contentamiento de haber aquí llegado, y con mis ojos visto el concierto y solemnidad y costosos aparatos con que esta noche se ha solenizado el descanso y alegría del duque. Pues si bien entendiédes el sujeto de lo que habeis oído, con mas razon os hubiérades holgado, respondió Fabio; que sabed que ha quince dias que cada noche se hacen aquí hermosas representaciones, y esta ha sido la postrera. La causa es que la duquesa era amada del hijo del duque de Ferrara, llamado Artidonio, y era muy amigo del duque Galeazo, y ambos en competencia hacian grandes servicios á la duquesa Beliana, la cual es hija del duque de Urbino; y al fin el duque Galeazo casó con ella, quedando muy triste Artidonio; y por esto un criado suyo, gran componedor, ha hecho por su mandado diferentes representaciones, y ayer se partió de aquí; dicen que se fué á casar con una hija del marqués de Mantua.»

Oyendo estas cosas Luzmán, acordábase de su señora Arbolea, y sentia gran soledad con su ausencia; pues así estuvo en Milán un mes, viendo las fiestas que cada día se hacian, y al fin acordó de partirse á Jénova, y así se despidió de Fabio, abrazándose muchas veces, porque entre ellos ya habia gran amistad. Luzmán anduvo por su camino, y al quinto dia, saliendo de un pequeño lugar, como pensando fuese en las mudanzas del tiempo, y en las grandes cosas que cada dia se le representaban delante, y todas para traerle á la memoria su trabajosa vida, y aquel dulce tiempo, cuando dél confiado pensaba tener á la for-

tuna debajo de sus piés; pues yendo así, parecióle que oía grandes voces; y estando un poco quedo por sentir á qué parte se daban, vió que la voz salia de entre unas grandes peñas que á la siniestra mano estaban; y deseoso de saber quién las daba, se fué acia aquella parte, y entrando entre dos grandes montes, que cubiertos de hermosos árboles eran, vió un hombre que encima de una peña dando voces parecia que él propio se preguntaba y respondia. Pues como Luzmán desease entender lo que decia, púsose junto á un árbol, y estuvo atento á las palabras de aquel que se quejaba con denodado rostro, haciendo señas y meneos en el aire, diciendo desta manera:

«Di, Amor, ¿qué me aprovechó servirme tanto tiempo, pues me diste un galardón tal cual nunca fué visto sino en mí, y vivo con él? Mas respóndeme: ¿has de ser continuo en perseguirme así?—Sí.—¿Sí; me respondes?—Oh, cruel y desvariado fué aquel dia cuando con mis ojos miré lo que contentamiento de breve mudanza me pudiste dar! Pues á todo pesar me dices sí, y á todo bien me das su contrario, ¿qué piensas, Amor, de hacer, cuando me prometes descanso, regalo y contentamiento?—Miento.—Pues quien dice mentira, ni guarda razon ni ley, tampoco puede ser de ninguno amado. Solo yo soy el sin ventura, que di crédito á tus palabras fiandome de ti. ¿Adónde podré ir seguramente que halle verdad?—Oh! Dime, Cupido, ¿qué hace el que confiado de ti está esperando el galardón en esta miserable tierra?—Yerra.—¿Error quieres llamar el mio? ¿Agora me avisas, después de muerto? ¿Qué me aprovecha volver sobre mí, que todo bien me huye y me falta? Mas querría saber con qué servicios te podría mover á piedad.—Dad.—¿Qué quieres que dé, pues todo lo que tenia he dado á ti, que eres mi enemigo? Solo me veo, cosa ninguna me queda; que tú me despojaste, y cuando pensé que volviendo á ti me remediaras, peor me sienta? Pues, ¿dónde está, cruel, aquella holganza que me prometiste al tiempo que te di el cuerpo y vida?—Ida.—¿Quién pudo ser parte á que se fuese? Y si ella es ida, ¿cómo yo quedo en continuo lloro; ó cuándo han de haber fin mis tristezas, de las cuales no te duelas; ó quien te podría decir tales cuales son mis ansias y querellas?—Ellas.—Muchos dias ha que debiera estar desengañado de tan gran engaño, ó mal forzoso que fuerza y destruye, como yo me siento al fin de mis dias. Acaba, loco, y dime, ¿qué me das en pago de mis servicios por respuesta?—Esta.—Yo no te entiendo: ¿cuál es? Porque otra vez me despediste y luego me llamaste, quiseme partir y detuvisteme; mas ruégote me digas ¿cuántas causas tiene tu mudanza, y el fin y principio de mi fortuna?—Una.—Ya fuera acabada si una fuera; mas muchos contrarios dentro de mí pelean, y tú sobre todos mayor guerra me haces; pues ¿qué me mandas que haga? ¿Quiéres que muera, ó que de nuevo torne mi corazon á servirme?—Irite.—¿Cómo me puedo ir, si cuanto mas me aparto, luego me fuerzas á quedar contigo? Mas pues tú lo quieres, irme quiero contigo á mi continuo lloro y á mis continos suspiros, hasta tanto que acabe la vida, y este cuerpo se entregue á cuyo es.»

Pues como dijese estas últimas palabras, dando mortales suspiros, descendió de la peña, y se fué á gran prisa por un estrecho camino. Luzmán, que atento habia estado á todas estas palabras, bien entendió que aquel que tales cosas decia, loco de amor estaba; pues del eco que en los aires le respondia al acento de sus palabras tomaba por el propio Amor, de quien él se quejaba; y aunque era tarde y el Febo se escondia, acordó de le seguir y saber quién era, y así fué tras él por el rastro; y no anduvo media hora, cuando sintió tañer y cantar dulcemente, y al sonido de la voz llegó ribera de un arroyo, y junto á él estaba una pequeña choza, y dentro della, tañendo una citola, oyó que cantaba el que dentro della era esta canción:

Entre todos los remedios
Que se hallan al pesar,
El mejor es sospirar.

Todo tormento se amansa
En cualquier tribulacion
Con el ay; porque descansa
La pena del corazon.
Yo no hallo á mi pasion,
Cuando quiero descansar,
Sino solo sospirar.

Quando el corazon sospira
De lo mas hondo del centro,
Es el alma que retira
Parte del mal que está dentro,
Los ojos van al encuentro

Ayudando con llorar,
Mas mejor es sospirar.
Siendo mortal la herida,
Pocas veces tiene cura;
Mas vale muerte que vida
Al que le falta ventura.
Pues quien vive con tristura
Quando quiere descansar,
Descanse con sospirar.
Hay mal que no es de sufrir,
Y es menester de sufrirlo;
Muere el hombre por decillo,
Y no lo osa decir.
Pues si no quiere morir,
Y es menester de callar,
Hable con el sospirar.

En acabando esta canción, el triste que con tristeza la decia, salió de aquel lugar dónde la habia cantado, y se vino junto al arroyo; y mirándose en él, porque la resplandeciente Diana hacia que la cristalina agua muy clara y hermosa pareciese, comenzó á decir: «¿soy yo por ventura aquel que solia ser? No por cierto, que el que fui, ya murió, y el que soy, yo no puedo entender. ¡Oh claro arroyo, ¿cómo siendo con mis lágrimas tantas veces regado no te enturbias; ó, si agua eres, cómo no tienes poder de matar mi fuego, pues tantas veces en tí he procurado dar la muerte á aquel que vive en mí, y sin él no habria en mí sujeto de vida?» Y como esto dijo, ibase á echar en el arroyo. Luzmán, que bien cerca dél estaba, conociendo en sus palabras y en lo que hacer queria que estaba loco, salió á gran paso y abrazóse con él diciendo: «amigo, no puede haber en la fortuna tan grande ni desvariada caída que el tiempo muchas veces no levante y vuelva al mas afligido en mayor prosperidad: pues volved en vos, y mirad el ánima, principal joya y mas escelente de cuantas Dios hizo; no la perdais; pues ella perdida todo se pierde.» Como estas palabras dijese, el enamorado Salucio (que así habia nombre) volvió en sí como aquel que era de claro entendimiento y de noble sangre, y vuelto á Luzmán le dijo: «¡oh pelegrino! ¿cuál ventura te ha traído á este lugar, á que pudieses ver con tus ojos al mas desdichado y triste hombre de los hombres? Suéltame, no hayas miedo que cosa haga al presente, que por tí me vea reprehendida.» Luzmán le soltó, y como la claridad de la noche fuese grande, muy bien le pudo ver mejor que antes, cuando en la peña con el eco hablar le vió.

Era un hombre de treinta años, poco mas ó menos, de muy gentil rostro, y de noble y agraciado cuerpo: traia vestida una ropa larga de jerga parda, ceñida con un cordón, á manera de religioso, y la cabeza sin ningún tocado: eran sus barbas y cabellos de rubia color; pues desde que le hubo mirado, dijole: «amigo, yo te ruego si decirse puede, y en ello no recibes descontento, me digas quién eres, y la causa por qué así tan desesperada vida traes; y no me niegues lo que te pido, que hombre soy como tú y muy perseguido de los trabajos del mundo, por el cual voy navegando, no en la mar como el navio, mas por la tierra hasta hallar el fin que los hombres pretenden.» El penado Salucio le respondió: «ciertamente, considerando tus palabras y volviendo sobre mí, vengo á conocer la gran razon que tienes; y pues con tanta voluntad me demandas te diga quién soy, y la causa por qué hago tan triste vida, yo soy muy contento de te lo decir, si me juras que me ternás secreto; que yo te digo y juro por aquella fe que en mi ánima su principal asiento tiene, y por aquel fuego que mis entrañas quema, que nunca hasta hoy nadie entendió el secreto de mi mortal llaga, sino fué aquella causadora de la vida que paso. Y mas te ruego, por asegurarme de tí, me digas quién eres, porque yo sepa á quién descubro tan alto mal procedido de locura, porque amor en esto se muestra ser poderoso.»

Luzmán, deseoso de saber lo que deseaba, en breves razones le cuenta á Salucio quién era, y le promete y jura que, como verdadero amigo, terná encubierto todo lo que le dijere. Salucio, entendiendo quién era, se alegró mucho, y de nuevo le abrazó, y tomándole por la mano se fué

con él á sentar debajo de un árbol, que junto al arroyo estaba, y luego con lágrimas le comenzó á decir desta manera: «Has de saber, mi buen amigo y compañero en los trabajos y adversidades (pues no menos de los tuyos me pesa que de los míos), que yo tengo por nombre Salucio, y soy natural de la ciudad de Jénova, que tres leguas de aquí está; es mi padre de noble sangre; es su propio nombre el rico Pinelo. Pues habrá diez años que él me envió á servir al duque Galeazo de Milán, al cual yo servia de camarero: era tan privado suyo, que hasta allí pudo llegar el valor que la privanza tiene: pues sucedió así, que andando él muy enamorado de Beliana, hija del duque de Urbino; como yo fuese todo su secreto y á quien él mas amase, tanto que si le escribía, por mi mano era, y yo componia los versos que le enviaba; y si iba donde ella estaba por ver si la podia hablar, yo solo con él iba; y si le habia de enviar algunas joyas, ó á decir alguna cosa, yo solo lo sabia y era el mensajero; pues como yo fuese nacido para tanta desventura; cuanta encima deste miserable cuerpo la fortuna ha puesto, obró el tirano amor en mi una cosa bien fuera de razon; y fué que amé á Beliana, poniéndome en el entendimiento que ella me amaba, y no era así; mas yo creia al contrario, no guardando la obediencia y amor ó lealtad, la cual se debe al señor, como yo la debia á Galeazo. Pues como ya fuese llegado el tiempo de mi desdicha, quedé en mi locura burlado, porque Galeazo casó con ella habra un año; pues yo no por eso caí en mi yerro, antes siempre estuve firme en mi porfia, creyendo que habia de alcanzar premio mi deseo, pudiendo gozar de mi propia señora con afrenta de mi señor. Y has de saber que nunca jamás le dije mi voluntad manifestada con la lengua sino solamente con los ojos. Pues como ya el amor me hubiese quitado del todo el juicio, y no pudiese ya más sufrir á tener encubierto mi grave mal, acordé un dia que Galeazo era ido á caza, hallando lugar oportuno, de descubrir á aquella, que al punto de la muerte me tenia, el fin y secreto de mi lastimado corazon; y hallándola en una huerta le di cuenta de aquella que de mí pude dar, diciéndole así: «conocida cosa es, hermosa Beliana, señora de todo aquello que humano ser tiene, que no puede el enfermo encubrir al médico su mal para que sea con prudencia curado: así yo, que á la muerte me veo por tu causa, es justo que entiendas que muy presto acabaré estos tristes dias que agora se sustentan con la esperanza que de mí firme amor tiene, si tú, señora, no pones remedio doliéndote de mí; y por Dios, no me culpes, que soy hombre, y amor me ha puesto en la cumbre de mi deseo, contento con morir, si mi atrevimiento lo merece: pues caer de tan alta gloria es imposible aunque muera. Vesme aquí rendido y descubierta mi voluntad; si de mí te dueles, á tiempo estás de mostrarlo; y si venganza quieres, tuyo soy; no me puedes mas deshacer de lo que yo estoy deshecho; y así gano gran bien con cualquiera cosa que de tu mano me venga, pues siendo ella tal y tú tan hermosa, lo que diere será para mí sobrado contentamiento.» Entiende pues, amigo, y está atento á mi desventura, porque has de saber que, en diciendo estas palabras y esperando con lágrimas su respuesta, la hermosa Beliana, no turbándose, ni mostrando saña, con mala voz y honesto semblante, me respondió así: «no me maravillo yo, Salucio, que tú hayas puesto el amor en mí, que soy mujer, y natural cosa es los hombres amar á las mujeres; mas maravillome mucho, que no hayas mirado al grande amor que el duque te tiene, y á la lealtad que tú como siervo le debes; pues la mayor virtud es el conocimiento della. Mira la crianza y el amor que siempre te ha tenido, y la fianza que siempre de tí ha hecho, y ten por cierto que le seria á él dudosa cosa de creer haber tu caído en tal error. Pues si aquesto no quisieres mirar, póngasete delante mi gran valor y clara sangre, y que soy tu señora, y que haber osado descubrirme tu intento ha sido mas falta de juicio que

especie de amor. Pues ¿cómo en tan poco me tienes, Salucio; que la honestidad he de echar por tierra, y manchar el casto pecho que con tanta fama de virtuosas costumbres hasta hoy se ha mantenido? Pues ya que á esto no miraras pasando por tí, acuérdesete la ofensa que á Dios haces, y la que yo haría, si de tu locura cuenta hiciese. Así que, Salucio, la mayor merced que hacer te puedo, es no acordarme que tal me has dicho, y tú ten tanta cordura, que volviendo sobre tí te conozcas; y conociéndote, te vengas á enmendar; que si no lo haces, tu atrevimiento terná amargo fin, y lo que agora callo, tomando á burla tus palabras, muy de veras descubriré tu traición. Mas haciendo lo que te aconsejo, echaré tus razones á mocedad y poca experiencia.» Y como esto dijo, sin decir mas palabra se me quitó de delante. Yo quedé en aquel punto cual queda el día faltándole el claro sol, y como muerto me fui á mi posada, tan confundido de mi propia vergüenza, que acordé secretamente de salir de Milán, y tomando este hábito me vine á este lugar, adonde unas veces estoy tan loco del ardiente fuego que el amor en mis entrañas ha puesto, que me pongo al extremo de la muerte, si Dios no me socorriese; porque volviendo en mí, procuro despedir aquel ardiente dolor, tomando en penitencia la vida que aquí hago, reprehendiéndome mucho de la poca fe que á Galeazo tuve: mira si tengo razon de desear la muerte.»

Luzmán, que muy atento habia estado á las palabras de Salucio, quedó muy maravillado de oírlo, y sabiendo que era de Jénova, hijo de ricos padres, y que su mal no tenia remedio, doliéndose mucho dél, le respondió desta manera: «ninguna cosa puede suceder en la vida, mi buen amigo, por grave y terrible que sea, que si el que la padece se pusiese á mirar los grandes trabajos que otros padecen, ciertamente su mal terná por liviano, cuanto mas el vuestro, pues amastes en lugar tan dificultoso, y de allí no podia sino salir fruto amargo. Alégrome mucho de ver que os conocéis; que dese conocimiento verná el volver sobre vos, pues veis que vuestro mal la cura que tiene es olvidaros dél, y acordaros de vos y de vuestros padres, y sobre todo, que sois cristiano, de noble sangre, y que el ánima ha de durar obrando lo que debe, que no plegue á Dios que, por el contento del cuerpo y su inclinación, se pierda aquella en quien tanta excelencia Dios puso. Pues yo os ruego, mi buen señor, por amor mio, os queráis venir en mi compañía ó yo en la vuestra, á casa de vuestro padre; que podrá ser que no pasen muchos días, cuando Dios os dé nuevo consuelo, determinándoos vos á hacer lo que está en vuestra mano.» Salucio llorando de sus ojos, le dijo: «¿cómo podré yo, amigo, parecer ante gentes, que aun destos montes y verdes campos tengo vergüenza?»

«Dejaos deso, dijo Luzmán, que vuestro hecho solo vuestro corazón y vuestra señora lo sabe, pues yo otro vos soy en el amor que os tengo.» Salucio se levantó, y llorando le comenzó á abrazar. Pues tales palabras le supo Luzmán decir, que le venció; y así estuvieron ahí esa noche, y otro día se partieron para Jénova, y entraron en ella de noche, porque Salucio no fuese conocido, y se fueron derechos á casa de su padre, que entrando en ella no poco espanto recibió el rico Pinelo en ver así á su hijo; mas nunca dél pudo entender la causa por qué así venia; solo entendió de Luzmán que era un voto que habia hecho en una enfermedad que habia tenido. Pues desta manera estuvo ocho días en la casa de su padre, procurando sus hermanos y parientes de alegrarle cada día con fiestas y banquetes. Luzmán en este tiempo vió la ciudad y sus hermosas salidas, y su puerto de mar; y al noveno día á la noche, acabando de cenar el rico Pinelo con algunos parientes suyos, estando sus hijos presentes, que mujer ya no la tenia, el lastimado Salucio, que siempre vertia

lágrimas dando congojosos suspiros, dijo á Luzmán que junto á él estaba: «mi buen amigo, secretario de mi corazón, yo os ruego que por me dar algun contentamiento, tañendo canteis alguna cosa, pues Dios tanta gracia os dió en todo, que podrá ser que será esta la última alegría que podré recibir.» Luzmán y todos cuantos allí estaban se dolian mucho de verle con tanta tristeza, y por consolarle y hacer lo que le pedia mandó traer una vihuela, y traída que fué, dulcemente la comenzó á tañer y á decir della los siguientes versos:

Ninguno desespera
Por verse perseguido en esta vida;
Pues sabe que, si muere,
Su hora no cumplida,
El alma sin remedio va perdida.
Los ojos en el cielo
El hombre ha de poner, y este camino
Le lleva sin recelo
Al otro, que es divino,
Do no puede faltar placer continuo.
Allí las esperanzas
En gloria volverán, gozando dellas,
Y sin temer mudanzas,
Habrá reposo en ellas
Con gran seguridad de no perdellas.
Perezca la locura,
Y el alma pueda mas que el cuerpo humano,
Pues busca desventura
Quien piensa ser ufano
En el mundo cruel, traidor, tirano.
El ánimo prudente
Abraza la prudencia, y se desvia
Del daño y accidente
Que el apetito guía,
Y toma la virtud por compañía.
Pues luego desta suerte:
Morir es lo de acá breve y prestado,
Sujeto á cualquier muerte
Con un sueño pesado,
Que da para engañar cualquier pecado.

Acabando estos últimos versos, queriendo Luzmán comenzar otra canción, Salucio, que en todo tiempo otra cosa no habia hecho sino llorar, dió un mortal suspiro cayendo sobre la mesa. Su padre se levantó y asimismo Luzmán con todos los demás; y como á él llegasen, hallaron que era muerto y en la mano apretada una carta, donde con grande sentimiento y lloro se la sacaron, y públicamente la abrieron, y leída vieron que decía así:

CANTA.
Amado padre y señor,
Cuya tristeza mas siento
Que mi muerte y su tormento;
Y este es el mayor dolor
Con que partí descontento,
Viendo cómo es rematada
Una vida tan amada
Deste vuestro hijo amado,
A quien fortuna y su hado
Convirtió su gloria en nada.
No bastó vuestra riqueza
Para me poder quitar,
La causa de mi pesar,
Ni mi mucha gentileza
Menos pudo aprovechar.
Los consejos que me distes
Cuando de vos me partistes
Tampoco me aprovecharon,
Porque luego se cegaron
Todos mis sentidos tristes.
Distesme, gentil señor,
Rico, afable y generoso,
A quien serví con amor:
Subiendo de venturoso
A la cumbre del favor,
Su alma me descubría,
Y en mis manos la ponía:
Quiero decir, sus secretos
Pensamientos y conceptos
Cuanto pensaba y sentía.
Mas mi suerte desigual
Contra mí se levantó,
Y fué que se enamoró
De aquella perla oriental
Que la vida me quitó.
Porque luego el ciego Amor,
En mirando su valor,
Con un súbito regalo,
De bueno me hizo malo,
Y de muy leal traidor.

Gran admiración y espanto dió la muerte deste mancebo á todos cuantos su muerte supieron, y gran tristeza á su padre y hermanos, y lo mismo á Luzmán, el cual dijo muchas cosas de gran consuelo al rico Pinelo, y dende á cinco días se despidió dél con determinación de ir á la señoría de Luca, y así se partió. Y aquí da fin el segundo libro desta *Selva de aventuras*.

LIBRO TERCERO.

Con gran tristeza iba Luzmán, considerando el extraño suceso y muerte de Salucio, y todas estas cosas le hacían á él sentir nueva confusión, porque le traían á la memoria á su señora Arbolea, no porque della jamás se partiese; pues suspirando y llorando, diciendo palabras muy lastimeras, anduvo por algunos lugares viendo las cosas que mas contento le daban y de mayor admiración eran, como fué el Domo de Pisa y su hermosa torre, que da á entender que quiere caerse, estando toda acostada á una parte. Allí vió un famoso estudio, y en él con algunos filósofos y grandes hombres habló, y ellos, entendiendo su elocuencia, le hicieron entre tres, llamados los Menios, una pregunta, á la cual Luzmán respondió, quedando gran fama dél en aquella ciudad, la cual pregunta así decía:

En una sepultura tenebrosa,
De tres fuertes contrarios rodeada
Estaba una doncella sepultada
Esclente, inmortal, y muy hermosa.
También vimos la joya mas preciosa
Merecer con se ver atormentada,
Sin la cual se merece poco ó nada
En esta vida triste y dolorosa.
Y vimos la que pudo dar la vida
Perder su propio nombre y no perdello,
Venciendo al vencedor con ser vencida.
Pues tú, sabio Luzmán, echando el sello
Declara nuestra duda no entendida,
Pues te sobra saber para entendello.

Esta pregunta, que tres preguntas en sí representaba, le enviaron los tres Menios, que muy sabios eran; y con gran facilidad Luzmán les respondió á esta y otras preguntas, de las cuales no se trata, sino desta, por evitar prolijidad, á la cual respondió desta manera:

El cuerpo es la prisión y sepultura
Del ánima hermosa, santa y bella;
Mundo, carne y demonio van tras ella
Por hacerle perder su hermosura.
Y la joya mas alta, casta y pura,
Que nuestra salvación afirma y sella
Es toda penitencia; pues sin ella
No se puede gozar de eterna altura.
La vencida es la muerte por la mano
De aquel que la venció, quedando vivo,
Pues no pudo morir lo soberano:
Y así debe entender cualquier cristiano
Que el premio divinal superlativo
Al justo se dará, que no al tirano.

Pasados algunos días salió desta ciudad de Pisa el enamorado Luzmán, y aunque tardó algun tiempo, porque todas las cosas que podia ver, aunque rodease mucho camino, las iba á entender y gozar con sus ojos; y así llegó á la ciudad de Luca, y aquella noche se fué á la casa de un honrado hombre, que acogía con grande amor á los forasteros. Pues habiendo cenado, el buen hombre se vino á Luzmán, y comenzó á tratar con él de muchas cosas, y entendiendo en su conversación que era discreto, y el camino que llevaba, le dijo: «al mejor tiempo del mundo sois aquí venido, porque mañana podreis ver un extraño hecho, ó por mejor decir, una cosa maravillosa.—Y ¿qué cosa es esa? dijo Luzmán. Ruégoos por mi amor que me la conteis, que holgaré mucho de oírla.— Soy contento, respondió Bruldo (que así habia nombre el huésped): habéis de saber que en esta ciudad hubo un ciudadano de los mas ricos della, llamado Claudio; este tuvo tres hijos, cuyos nombres son estos: el mayor Ardonio, y el segundo Belio, y el tercero Basurto. Sucedió que entre estos tres hijos hubo una grande y maravillosa diferencia, así como todos tres fueron de diferentes y extrañas condiciones; porque el mayor, llamado Ardonio, es casado; y el segundo, llamado Belio, jamás se casó, mas fué dado al vicio de las mujeres, no teniendo con ninguna lealtad; el tercero,

llamado Basurto, nunca se casó, ni tampoco conoció á mujer ninguna, siendo el mas enamorado de cuantos en su tiempo ha habido; porque dice que en esto consiste el amor. Pues como entre ellos reinase la porfia, vinieron muchas veces á término de matarse, queriendo cada uno sustentar su opinion; pues en este tiempo, que habrá cinco años, el padre vino al punto de la muerte, y mandándoles venir ante sí, les dijo estas palabras: «amados hijos, ya veis cómo el fin de mi jornada está muy cerca, y quiero partir á dar la cuenta de la vida como acá la he gastado. También sabéis que la costumbre desta ciudad y señoría es, que los padres la hacienda y riquezas que tienen la dejen á un solo hijo, cual ellos quisieren, y que este haya de dar lo que su voluntad fuere á sus hermanos: yo os digo, mis queridos hijos, que no me sabria determinar á cuál de vosotros la deje, porque igualmente os amo; y pues así es, yo os mando, so pena de mi maldición, y que esto que yo tengo perdais, si entre vosotros hubiere penitencia alguna; mas amorosamente porneis en manos de hombres prudentes vuestra diferencia, y aquel que mejor estado hubiere escogido, siendo así juzgado, heredará mis bienes, y los otros serán sujetos al vencedor. Pues muerto el padre, estos tres hijos han andado por muchas partes, cada uno dando su razon, y nunca se ha acabado de determinar; y así habrá un mes que aquí son venidos, y se han puesto en las manos de los señores desta republica, jurando que lo que ellos ordenaren darán por hecho y lo cumplirán; y así ellos han buscado un gran filósofo llamado Plomis, natural de Bolonia, el mayor hombre que agora se sabe, y está determinado que mañana se ha de sentenciar públicamente. Veis aquí lo que desais saber y yo sé deste hecho.»

Maravillado quedó Luzmán desto que oyó decir, y con gran deseo ya de verlo, y así reposó esta noche, y otro día, después de comer, se fué al Domo, porque en la plaza dél, en un cadahalso de ricos paños cubierto, se habia de declarar este juicio, y poniéndose en parte donde pudiese bien oír y ver, estuvo esperando hasta que fué hora. Todos los principales se sentaron en sus asientos, y en una silla mas alta que todas se sentó el sabio Plomis; luego los tres hermanos vinieron hermosamente vestidos; traían en las manos hermosas y bien labradas liras, porque todos tres el tañer y cantar lo habian acostumbrado, y lo hacían muy bien, y así juntamente tañeron una pieza, y luego el uno dellos, llamado Ardonio, y el mayor de todos tres, callando todos, comenzó á decir así: «Puesto que ya otras veces razones bastantes he dado, por las cuales claramente he mostrado con cuánta razon merezco la herencia de mi padre, agora quiero aquí públicamente, pues así lo quereis, preciados y generosos señores, tornare á decir algunas cosas, por donde se entienda la gran justicia que tengo. Yo dije y digo, que el mayor bien que Dios hizo al hombre, después de haberle dado el conocerle con las armas de su fe, selladas en el entendimiento humano, fué concederle y ordenarle que se casase y atase al yugo del matrimonio, cuyo arado abre la tierra de la consideración del ánima para poder sembrar recogimiento, honestidad, amor casto, y celo puro y santo, con el regalo y compañía de los apacibles hijos y mujer. ¿Podreisme decir que se puede llamar hombre el que no es casado? No por cierto; pues no tiene